

AIRE, MAR, TIERRA Y PALABRAS: LA LITERATURA INFANTIL Y LA EDUCACIÓN AMBIENTAL

Waded Cruzado

Las personas que se preocupan por la protección del ambiente y las que se dedican a la literatura infantil tienen más en común de lo que a primera vista podría suponerse. Ambos son, hasta cierto punto, temas de minorías, cuyos adeptos precisan validar constantemente su quehacer; los ambientalistas y los literatos de niños somos vistos, demasiado a menudo, con sarcasmo o con compasión. Las interpretaciones oscilan entre dos polaridades: se nos concibe como idealistas empedernidos o como extravagantes irrefrenables: en ambos casos, anacrónicos y pasmados retoños de la conciencia “hippie” de la década de los sesenta. El contraste se agudiza aún más por la disonancia con que definimos nuestros valores y labores: las preocupaciones que para algunos son vanos entretenimientos con trivialidades y hechos inevitables, constituyen para nosotros urgencias impostergables que nos empujan a buscar alternativas para un mañana mejor. De ahí que, particularidades aparte, las personas que se ocupan del ambiente o que se dedican a la literatura infantil, tienden a compartir un hondo sentido de responsabilidad y compromiso así como una perspectiva de alcance ulterior: la capacidad de proyectarse más allá del aquí y del ahora, viviendo de cara hacia el futuro de los niños o la eternidad de la naturaleza.

Y es que la literatura comparte al menos tres dimensiones esenciales con la educación ambiental: en ambas se dispone el mejor y más creativo empleo de los recursos disponibles, la recreación de la vida y la dilatación de la muerte. Simplemente recordemos la leyenda de Sheherazada, la hermosa princesa de *Las mil y una noches*. Su leyenda nos habla de un rey terrible que, despechado por la traición de su esposa, decidió desposarse cada noche con una doncella distinta, para luego degollarla al amanecer. Huyendo de este infortunado destino, Scheherazada utiliza magistralmente su único y mágico recurso: las palabras. Cada noche, luego de las

delicias del amor, la princesa le relata al rey un cuento que, hábilmente, deja suspendido en el momento de mayor emoción. Cada mañana, intrigado, el rey posponía la orden de muerte, con tal de conocer el final del último cuento interrumpido. Fue de esta forma y manera cómo, al cabo de mil y una noches y otros tantos relatos, Scheherazada le presenta a su esposo los tres hijos nacidos durante ese tiempo. El rey, conmovido, olvidó su propio decreto. La moraleja de corte ambiental es clara: en el imaginativo reciclaje de sus palabras, Sheherazada diseminó el don de la vida en sus hijos, al tiempo que lograba vencer la amenaza inmediata de muerte. Como la princesa, la mejor educación ambiental nos enseña a preservar la vida, valiéndonos creativamente de nuestros recursos.

Vistas así las cosas y a fin de dejar establecida la relación y la pertinencia entre la educación ambiental y la literatura infantil, definamos esta última, aclarando los dos elementos que la componen. En cuanto a literatura, se entiende que este término abarca aquellos textos en que la palabra se exhibe primordialmente en sus capacidades de creación y de belleza, poseyendo de modo implícito los valores de universalidad, permanencia y excelencia. Cuando la literatura se categoriza como infantil o relativa a los niños, se consideran en ella, de acuerdo a la definición de Martha Sastrías, “las manifestaciones y actividades con propósito lúdico o artístico dirigido al niño, a través de la palabra hablada o escrita”.¹ De modo que a la *creación* por la palabra, gesto irreductible de la literatura, la de los niños se distingue por su aspecto lúdico o de *juego*. Por tanto, de acuerdo a Sastrías, los tres objetivos fundamentales de la literatura infantil son divertir, formar e informar. Y aunque la autora no lo subraya así, afirmo que debe ser ése el orden: primero el juego, que todo lo demás vendrá por añadidura.

Esta afirmación nos remite a una de las discrepancias fundamentales de la pedagogía contemporánea: la diferencia entre libros y literatura. De hecho, en esta diferencia fundamental estriba para muchos estudiosos el desaliento de nuestros niños hacia la lectura. Según explica Bernice E. Cullinan, “[d]emasiado a menudo, se enfatiza en leer para obtener información o, peor aún, simplemente para decodificar, que para ganar significado. Este énfasis, por tanto, ahoga la lectura como una actividad placentera, de modo que los niños piensan en la lectura como recitar palabras en voz alta o en adquirir hechos”.² Basta preguntarnos, ¿quién no recuerda el tedio

¹ Martha Sastrías, *Cómo motivar a los niños a leer* (México: Pax México, 1992) 5.

² Bernice E. Cullinan, *Literature and the Child* (New York: Harcourt Brace Jovanovich, 1989) 6. Mi traducción al español.

de su cartilla fonética? (Si no puede recordarlo, su experiencia fue todavía peor.) Una vez superado el reto de descifrar los enigmas de las sílabas, ¿quién podía soportar repetir una y otra vez el melodrama de “Mi mamá me mima”, o peor aún, la escasa o nula relevancia cotidiana del anuncio de que, “Tito toma tilo”? Y ni hablar cuando la pesadilla se hizo extensiva a tener que tratar con Rosa, Tito y Pepín (que, como las maldiciones antiguas de generación en generación, han sido heredados hasta por mis hijos). Desengañémonos: con Nintendos de variados y alucinantes efectos, ¿a qué niño pueden resultar motivadoras las oraciones que le recetamos para aprender a leer? Del sánscrito al santo aburrimiento: cuando el texto deja de retar al niño comienza a aburrirlo, y es precisamente esa sensación de aburrimiento la que nuestros pequeños luego asocian con la lectura.

La literatura infantil, sin embargo, puede ser una sugestiva transmisora de mensajes y actitudes: he aquí gran parte de su poder y su riqueza. Como afirma Peter Hunt, “con la literatura para niños, la no-funcionalidad del arte [. . .] deja de aplicar”.³ De ahí emana la viabilidad que le ofrece a la educación ambiental porque, como toda buena literatura, la dirigida a los niños apela de modo determinante a su realidad social, emocional y cognoscitiva. Como ha destacado James Miller, Jr.: “La literatura presentada apropiadamente debe confrontar al estudiante (como la vida misma) con una multiplicidad de sistemas éticos y perspectivas morales. Esta expansión y profundizamiento de la conciencia moral del estudiante constituye la educación de su desarrollo moral. Es un objetivo importante (pero no el único) del estudio literario”.⁴

De hecho, en la aplicación de la literatura al tema ambiental, Latinoamérica ha realizado una labor de vanguardia. Ya en el 1991 se celebró en Valparaíso, Chile, el “Simposio de Medios Masivos de Comunicación sobre la Naturaleza y el Medio Ambiente para Niños y Jóvenes de América Latina y España”. Este evento, organizado por la Organización de Estados Americanos (OEA), cimentó el compromiso ambiental, entre otros, del Proyecto de Educación para la Naturaleza en Ecuador, Imagen Latinoamericana en Brasil, El Banco del Libro en Venezuela y, en Chile, del Programa Regional de Educación y Acción Ambiental. Entre los objetivos de éste destaca de

³ Peter Hunt, *Criticism. Theory & Children's Literature* (Cambridge: Basil Blackwell, 1991) 56. Mi traducción al español.

⁴ James Miller, Jr. “Literature and the Moral Imagination” *Response to Literature*, Ed. James R. Squire (Urbana: National Council of Teachers of English, 1968): 30. Mi traducción al español.

forma especial el de: “Fomentar en los niños y jóvenes de la región un cambio de actitudes y conductas respecto al medio ambiente, creando conciencia en ellos y en sus comunidades del valor de proteger y preservar los recursos naturales”. No es artículo de poca monta lo que se pide a la literatura infantil de tema ambiental: cambio de conductas y creación de conciencia.

Un esfuerzo similar comienza a apreciarse en la producción reciente de literatura infantil ambiental en Puerto Rico: *Matum. El Manatí* (1991), escrito e ilustrado por María Teresa Arrarás Mir; *El coquí explorador* (1991), con texto de Elbia Vázquez e ilustraciones de Mayra y Rachid Molinary; y, *Sueño en El Yunque* (1993), de Graciela Rodríguez Martínó e ilustrado por Anaida Hernández. Este último título, dicho sea de paso, inaugura la Colección San Pedrito, empresa con la que la Editorial de la Universidad de Puerto Rico se une a la labor integradora de la literatura infantil y la educación ambiental.

En estos esfuerzos pioneros de las letras infantiles puertorriqueñas se advierte la elaboración de los cuatro grandes temas de la literatura del ambiente: los secretos de la naturaleza, los refugios o santuarios naturales, las especies en peligro de extinción y los estudios sobre los ciclos de la vida. No obstante, a pesar de la valiosa y necesaria iniciativa, de las hermosas ilustraciones que les acompañan, de las descripciones de las maravillas y secretos de los espacios fundamentales del aire, el mar y la tierra, todavía estos textos podrían ser un poco más literarios, es decir, más creativos y juguetones; menos documentales o informativos. Tras recordar la imprescindible vena lúdica que define la literatura infantil, una palabra de advertencia es de rigor: siempre resulta arriesgado y peligroso el usar la literatura en función de un tema o ideología, por virtudes que tenga. El riesgo reside en que, al servir al tema, el texto deje de ser literatura. Por ello, en el caso particular de la educación ambiental, es preciso cuidar que, en nuestro empeño por enseñar al niño, la lectura no se convierta en un fárrago de información o en un contra-productivo sermón. Según apunta Sastrías, “[e]n la actualidad se pretende prescindir del cuento didáctico; sin embargo, algunos autores tienen como objetivo principal la enseñanza de algún tema dentro del cuento. Esto será válido siempre y cuando sea tratado de tal manera que el lector no perciba que lo están aleccionando y el tema sea divertido e interesante”.⁵ Ciertamente, escaso beneficio obtenemos si en nuestra insistencia en educar a nuestros niños

⁵ Sastrías 10.

sobre la naturaleza, acabamos por provocarles el rechazo o la apatía hacia todo lo que se relacione con ella.

¿Cómo, entonces, escribir para que los niños amen, se identifiquen y preserven su ambiente? Propongo que, para alcanzar simultáneamente la diversión creativa de la literatura y la concientización del esfuerzo ambiental, son necesarios cuatro elementos: la profundización en el tema, la imaginación, el empleo de la literatura como trampolín y la presencia del afecto y el entusiasmo.

En cuanto a la profundización del tema, es necesario aclarar que, no por escribir para niños se debe diluir demasiado el contenido o dejar de enriquecerlo con alguna referencia valiosa. Tal es el caso de uno de los libros que recientemente tuve la oportunidad de leer: *Anfibios y reptiles en nuestro folklore*, del reconocido biólogo, Dr. Juan A. Rivero y su ayudante, Donato Seguí Crespo. Su página titular ofrece una ambiciosa promesa: “Todo sobre el coquí, el sapo concho, el lagarto verde y el culebrón”. He de confesar que, al comenzar a leerlo, este subtítulo llamó poderosamente mi atención, la cual fue sostenida y aumentada cuando el prefacio comenta el siguiente hecho: “El guajón es una especie de coquí que habita las cuevas y grietas que se forman en la Sierra de Pandura, al este de Puerto Rico, y cuya voz, casi nunca adscrita a la ranita que la produce, se creía producida por un monstruo de largos colmillos que paralizaba con la mirada”.⁶ Mi curiosidad ya no conoció límites al reconocer en mi diminutivo coquí nativo las características mitológicas de monstruos tremebundos como el basilisco o la gorgona Medusa.

Acaso sin proponérselo, Rivero y Seguí ofrecen incluso fértil material para un cuento detectivesco, cuando explican: “Hace cuarenta o cincuenta años, casi nadie sabía lo que era el coquí. Como el animal es un ventrílocuo extraordinario, los que trataban de localizarlo guiándose por la voz invariablemente encontraban un grillo, un guabá, una araña o una salamanquita, y atribuían a uno de éstos la misteriosa voz”.⁷ Puedo imaginarme los sugestivos títulos para niños: *El espeluznante misterio de la voz nocturna*; *El caso del ventrílocuo que no dejaba dormir*. Todavía más, con la información que proveen Rivero y Seguí, hasta podrían sugerirse en un cuento actitudes no-machistas y de natural cooperación al elaborar el dato biológico de que, “la iniciativa ‘amorosa’ la toma siempre la hembra,

⁶ Juan A. Rivero & Donato Seguí Crespo, *Anfibios y reptiles en nuestro folklore* (Quebradillas: San Rafael, 1991) i.

⁷ Rivero & Seguí 2.

aunque el canto del macho es el que la atrae”.⁸ Añaden estos investigadores que, “[m]ientras esto ocurre, el macho emite un canto tenue y suave, comparable, tal vez, con un susurro ... y una vez en el lugar de anidaje produce una serie de ‘cos’ suaves y bajos intercalados con algunos ‘co-quí’ regulares”.⁹ Ni el ratoncito Pérez pudo cantarle a la Cucarachita Martina con semejante primor.

Como resulta claro, para divertir con el ambiente sólo se precisa, según he recomendado antes, de imaginación. Respecto a ésta, afirma Daniel Prieto Castillo:

Junto a los otros derechos del niño, los que hablan con toda justicia de la alimentación, del abrigo, de la familia, de la ausencia del maltrato físico, es tiempo de insistir en uno que no siempre aparece en las declaraciones y en los documentos dedicados a defender a los pequeños: el derecho a la imaginación. Entiendo por imaginación la capacidad de proyectar situaciones distintas a las vividas, la capacidad de prever las cosas nuevas y no-simplemente lo que han hecho otras generaciones, la capacidad de inventar, de descubrir, de soñar, de poetizar, de jugar con el lenguaje de manera diferente...¹⁰

En este poder radica en gran medida el atractivo del quehacer literario: al crear otros mundos en el universo de su texto, cada autor confronta la sociedad en la que *tiene* que vivir con una visión de la sociedad en la que *quiere* vivir. Del mismo modo, éste es también otro de los principales puntos tangenciales entre la educación del ambiente y la literatura infantil: en palabras de Berta Irene Flores, “la cuestión ambiental necesita de seres activos, participativos e imaginativos”.¹¹

Una vez obtengamos un buen texto literario, se empleará la literatura como trampolín. Es decir, más que utilizar la literatura para traducir el mensaje de la educación ambiental, mejor valerse ella como un resorte hacia la exploración de la naturaleza. De esta manera no se serviliza la literatura ni se atenta contra su independencia estética y creadora. Pero para lograr este rebote y juego, es preciso compartir la lectura. No basta con regalar un libro; hay que mostrarle al niño la ruta de las maravillas que éste encierra. Cada vez que le damos un libro sin sentarnos a compartirlo y a explorarlo, estamos dejándole al niño una caja cerrada y muda que con nuestra intervención podría convertirse en un cofre de policromías y sonoridades.

⁸ Rivero & Seguí 16.

⁹ Rivero y Seguí 17.

¹⁰ Daniel Prieto Castillo, *El derecho a la imaginación* (Buenos Aires, Ediciones Paulinas, 1989) 1.

¹¹ Berta Irene Flores M., “Educación ambiental y literatura” (En *El lector infantil y juvenil*. Ed. Hilda G. Fretes. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, 1992): 57.

Finalmente la última sugerencia que acaso es, en realidad, la primera: la importancia de los sentimientos, sobre todo, del afecto y del entusiasmo. Como toda empresa humana, la literatura infantil y la educación ambiental darán variado y abundante fruto en justa proporción con el entusiasmo y el afecto que empeñemos en la tarea. En la medida en que vivamos y compartamos con alegría nuestro mensaje, que el amor por los libros o la naturaleza no sea un fingimiento o una imposición, que mostremos respeto por la inteligencia del niño al no remediarle con mensajes simplistas que le sientan a su inteligencia como papillas pre-digeridas, en la manera, en fin, en que le ayudemos a cerciorarse por sí mismo de los méritos de nuestras convicciones, estaremos motivando a ese niño a asumir la literatura o el ambiente como un compromiso de por vida. Advierte Marta Martínez de Urquiza que, cuando al niño “se le transmite que lo importante es cumplir las normas, independientemente de que sea feliz o no, el mensaje carece de amor y está repleto de indiferencia. La indiferencia es el más pernicioso enemigo de la integridad psicológica de un ser humano y el pasaporte más seguro hacia la soledad”.¹² Conviene subrayar que todavía hoy, nuestros cuentos inolvidables son los que concluyen con la felicidad y la unión eternas: “y fueron felices por siempre”.

Precisamente una de las formas de la felicidad consiste en ayudar al niño a comprender su lugar insustituible en el universo; su pertinencia en los ciclos de la vida, la coherencia de su ser con todo lo que le rodea. Al así hacerlo, le estaremos comunicando de multivariadas maneras, con maravilla y con asombro, la vieja doctrina medieval de la *correspondencia*.

Mira, hijo mío, que todo está relacionado:
el sol y tus ojos, el mar y tu risa, las palabras y las piedras...
la literatura infantil y la educación ambiental.

BIBLIOGRAFÍA

- Arrarás Mir, María Teresa. *Matum El Manatí*. 1991.
- Cullinan, Bernice E. *Literature and the Child*. New York: Harcourt Brace Jovanich 1989.
- Flores M., Berta Irene. “Educación ambiental y literatura.” En *El lector infantil y juvenil*. Ed. Hilda Gladys Fretes. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, 1992, pp. 51-57.

- Fretes, Hilda Gladys, ed. *El lector infantil y juvenil Proceso y formación*. Tomos I y II. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, 1992.
- Hunt, Peter. *Criticism. Theory. & Children's Literature*. Cambridge: Basil Blackwell, 1991.
- Martínez de Urquiza, Marta. "La disyuntiva de la educación formal hoy: ¿libros de lectura o literatura?" En *El lector infantil y juvenil*. Ed. Hilda Gladys Fretes. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, 1992, pp. 99-112.
- Miller, James, Jr. "Literature and the Moral Imagination." *Response to Literature*. Ed. James R. Squire. Urbana: National Council of Teachers of English, 1968.
- Pascual Morán, Anaida, ed. *¡Tus derechos!* Puerto Rico: Model Offset Printing, 1993.
- Prieto Castillo, Daniel. *El derecho a la imaginación*. Buenos Aires: Ediciones Paulinas, 1989.
- Rivero, Juan A. & Donato Seguí Crespo. *Anfibios y reptiles en nuestro folklore*. Quebradillas: San Rafael, 1991.
- Rodríguez Martinó, Graciela. *Sueño en El Yunque*. Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1993.
- Sastrías de Porcel, Martha. *Cómo motivar a los niños a leer*. México: Pax México, 1992.
- Vázquez, Elbia. *El coquí explorador. ¿Quiénes hacen la arena?* Puerto Rico: Gongolí, 1991.

Waded Cruzado
Departamento de Humanidades
Universidad de Puerto Rico
Mayagüez, Puerto Rico 00681